

haber conseguido, á costa de grandes esfuerzos, que Prusia cediese, sería preciso emplear un esfuerzo análogo para calmar al que se decía ofendido.

A todo esto, el embajador prusiano, Sr. de Werther, se disponía, como hemos dicho, á ir á Ems, con el pretexto de ofrecer sus respetos al rey; y el Sr. de Gramont, que le conocía desde hacía mucho tiempo por haber sido colega suyo en Viena, aprovechó la ocasión para rogarle que transmitiese á su gobierno todo lo que el día antes se había negado á escuchar el Sr. de Thile. En aquella entrevista, en la que la aspereza de las ideas se dulcificaba bajo las fórmulas de la amistad, el ministro le expuso los peligros de una combinación hispano-prusiana, le hizo ver el perjuicio y la humillación que esto causaría á Francia, y por último, dejando á un lado todo rodeo, no ocultó que su gobierno, antes de ceder, no retrocedería ante ningún extremo. El Sr. de Werther, que era hombre de claro talento, escuchó al duque con triste gravedad, y sin entrar en una discusión que sus instrucciones no le autorizaban á entablar, prometió transmitir al rey, su soberano, todo cuanto aquél le había dicho. Poco después, á las cinco de la tarde, el embajador partía en el expreso de Alemania; y mientras se dirigía á la estación, pudo observar, en aquella tarde del 5 de julio, cómo los transeuntes atareados se disputaban los diarios en los quioscos de los bulevares y comentaban con animación las noticias. Eran los primeros síntomas de la agitación irritada que del alma de los gobernantes pasaba al alma de la nación. Al día siguiente supo en Ems por el Sr. de Werther lo que la candidatura de Hohenzollern costaría á Francia y á Prusia en caso de que no fuera retirada; y al interés con que fueron allí acogidas las manifestaciones del diplomático, mezclóse tal vez en algunas almas una secreta esperanza: aquel ministro tan excitado, aquel pueblo que comenzaba á proceder como el ministro, ¿no presagiaban, por ventura, exageraciones ó imprudencias que empañarían la claridad del derecho? Los temerarios arrebatos de Francia iban á facilitar á Prusia una carta afortunada para su juego singularmente enredado y equívoco. ¡Y cuán temible no había de ser esta carta en manos de Bismarck!

XII

El 6 de julio era el día fijado para discutir la interpelación del Sr. Cochery, y los diarios de la mañana anunciaron el debate, adornando la noticia con comentarios en los que asomaba ya una nota belicosa. A medida que fué avanzando el día, formáronse grupos en los alrededores del Palacio Borbón y mucho antes de la hora de comenzar la sesión llenáronse las tribunas sin que en ellas quedara un solo sitio vacío. La expectación era grande, sobre todo entre los diplomáticos. La víspera había habido recepción en la cancillería, y durante la misma Emilio Ollivier, hablando con el embajador de Inglaterra, había protestado calurosamente de sus buenos sentimientos hacia Alemania, pero declarando, como el Sr. de Gramont, que ni el gobierno ni la nación tolerarían la empresa prusiana. «Nuestra declaración, había dicho aludiendo al debate del día siguiente, será moderada;» pero en seguida, rectificándose, añadió: «Será tan moderada como lo permite el

espíritu público (1).» Este lenguaje autorizaba á un tiempo mismo el temor y la esperanza. ¿Atravesábase simplemente una crisis? ¿Se caminaba, por el contrario, hacia un conflicto?

El consejo, en tanto, deliberaba en Saint-Cloud, pero en condiciones muy desfavorables para dominar y dirigir tan grandes acontecimientos. El señor de Gramont, que hacía apenas un mes que se instalara en el muelle de Orsay y que apenas había podido ponerse en contacto con su ministerio, encontróse metido de improviso en la más peligrosa de las complicaciones, de lo cual resultaba un estado de ánimo impresionable que trataba de engañar á los demás y de engañarse á sí mismo bajo el disfraz de una confianza prestada. Los ministros secundarios eran casi todos buenas personas, de sólido saber, de probada prudencia, y, considerados aisladamente, hombres pacíficos en grado sumo; pero hasta entonces habían permanecido ajenos á la política general y, en parte por modestia, en parte por incompetencia, tendían á aceptar, sin comprobarlas mucho, informaciones facilitadas algo sumariamente; por esto había motivos para conjeturar que muchos, obedeciendo á una reserva por demás sensible, no se atreverían á extremar las objeciones que les sugería su buen sentido. Estos peligros, sin embargo, hubieran podido conjurarse en parte si el gabinete hubiese tenido un presidente reconocido en quien se encarnaran virilmente las responsabilidades. En este punto, el ministerio del 2 de enero ofrecía una de sus mayores singularidades: en efecto, para los debates parlamentarios aceptaban un jefe, Emilio Ollivier, á quien nadie habría igualado ó substituído; en cambio, para la gestión de los negocios no querían admitir ninguna primacía. La consecuencia de esto era una solidaridad más aparente que real, varias buenas voluntades yuxtapuestas más bien que fundidas, y una especie de independencia concedida á los ministros especiales para comprometerse en la esfera de sus departamentos, lo cual motivaba deliberaciones concienzudas, pero falseadas, que versaban sólo sobre cuestiones ya debatidas. A falta de primer ministro, habría correspondido al emperador elevarse por encima de sus consejeros é imprimir á la política el impulso director; pero el príncipe, físicamente debilitado y moralmente abatido, no levantaba la carga de los negocios sino para dejarla caer de nuevo pesadamente. Los ataques de la enfermedad que había de llevarle al sepulcro revestían cada vez mayor gravedad: la indiscreta publicación de los *Papeles de las Tullerías* ha revelado que tres días antes, el 3 de julio, habíase celebrado en palacio una consulta de médicos que había aconsejado una pronta y seria exploración quirúrgica (2). Además las voluntades que manifestase el monarca ¿serían realmente las suyas propias? En aquellos días pudieron observarse en el palacio de Saint-Cloud los síntomas, débiles todavía, de una agitación que no tardaría en aumentar, de una presión que se ejercería hasta sobre el soberano. Militares, cortesanos, bonapartistas autoritarios, todos comenzaban á protestar contra las concesiones, á declarar intolerables las ambiciones prusianas y necesaria la

(1) Despacho de lord Lyons al conde Granville, 7 de julio de 1870.

(2) *Papiers des Tuileries*, tomo II, págs. 59-61.

guerra; de este modo se iría formando, sobre todo entre los íntimos de la emperatriz, un partido que se apoyaría en los sentimientos de Gramont para ir aún más allá que éste mismo, y que imperiosamente arrastraría al ministro si algún día se le antojaba vacilar ó arrepentirse.

De la resolución que se adoptara en aquel consejo podía salir la guerra; de aquí que se interrogara al general Lebœuf, el cual prometió para el ejército regular una fuerza real disponible de 300.000 hombres, de los cuales 250.000 podrían estar enteramente organizados en quince días, y los otros 50.000 ocho ó diez días después (1). En una nota entregada al emperador, Lebœuf consignó cifras más elevadas y se comprometió á poner en pie de guerra, en dos semanas, 350.000 hombres (2). A este efectivo añadíase la guardia móvil; y aunque el ministro convino en que en la mayor parte del territorio aquella fuerza no existía más que en el papel, por una ilusión poco excusable, habló de 120.000 hombres disponibles para una primera movilización (3). ¿Hablaron los ministros de las alianzas? Según parece, contaron con las simpatías de Italia, con la neutralidad de los Estados del Sur y con el apoyo, á lo menos moral, de Austria (4).

Después de estas explicaciones ocupóse el consejo de fijar los términos del manifiesto, que sería la respuesta á la interpelación Cochery. Según los recuerdos algo confusos del mariscal Lebœuf (5), el proyecto presentado por el Sr. de Gramont fué primeramente suavizado en vista de las observaciones del emperador, pero restablecido luego en su primitiva forma cuando, al llegar los ministros al Palacio Borbón, se enteraron del estado de excitación en que se encontraban el Cuerpo legislativo y el público. Posteriormente el Sr. de Gramont ha protestado enérgicamente contra este reproche de alteración y su declaración hállase confirmada por el testimonio de tres de sus colegas, á saber, Emilio Ollivier, el Sr. Chevandier de Valdrome y el Sr. Louvet (6). Parece cierto que la redacción primitiva, discutida en consejo, fué aceptada sin modificaciones importantes y adoptada por unanimidad, por más que varios ministros la encontrarán demasiado decisiva y perentoria (7). Una vez acordado el texto, el ministro de Negocios extranjeros mandó sacar copia de él y se guardó (son sus propias palabras) de añadirle siquiera una coma (8).

A las dos, el presidente del Cuerpo legislativo, señor

(1) *Deposition Lebœuf*, pág. 41 (*Enquête parlementaire sur le 4 septembre*).

(2) *Les Forces militaires de la France*, por M. de la Chapelle, página 79 (folleto inspirado por el emperador).

(3) *Deposition Lebœuf*, pág. 41.

(4) *Papiers de M. Plichon*.

(5) *Enquête sur le 4 Septembre, déposition du maréchal Lebœuf*, pág. 46.

(6) *Papiers et correspondance de M. Chevandier de Valdrome*. — *Papiers de M. Louvet*.

(7) *Papiers de M. Louvet*.

(8) *Enquête sur le 4 Septembre, déposition du duc de Gramont*, tomo I, págs. 96 y 111.

Respecto de ese consejo del 6 de julio no creo deber fijarme en un relato muy circunstanciado y muy detallado que publicó *L'Independance belge* de 6 de mayo de 1874, según el cual, el texto de la declaración elaborado en el ministerio de Negocios extranjeros era muy moderado, casi pacífico, pero fué completamente modificado en sentido belicoso por iniciativa del emperador, so-

Schneider, abrió la sesión. El Sr. de Gramont, que al regresar de Saint-Cloud había tenido que ir al palacio del muelle de Orsay, no había llegado aún. Mientras se le esperaba, pensóse en seguir discutiendo la orden del día, es decir, los presupuestos; pero ¿quién se habría resignado á escuchar? La sesión estuvo suspendida durante un cuarto de hora, permaneciendo en este rato la Cámara en una especie de inacción ansiosa y febril. La curiosidad, que era inmensa en todos los bancos, transformábase en los de la derecha en una sobreexcitación extraordinaria. Al fin compareció el



El general Lebœuf

ministro de Negocios extranjeros, quien, en medio de un silencio solemne, subió á la tribuna y leyó la siguiente declaración:

«Señores:

»Vengo á contestar á la interpelación presentada ayer por el honorable Sr. Cochery.

»Es cierto que el general Prim ha ofrecido al príncipe Leopoldo de Hohenzollern la corona de España y que este último la ha aceptado; pero el pueblo español no ha manifestado todavía su voluntad, y nosotros todavía no conocemos los detalles de una negociación que nos ha sido ocultada. Por estas razones una discusión no conduciría ahora á ningún resultado práctico; de aquí, señores, que os pidamos que la aplacéis.

bre quien recaerían, de ser cierto, las más graves responsabilidades. Esta relación, que llamó mucho la atención en la época en que se publicó, me parece, mientras no haya prueba en contrario, indigna de crédito. En primer lugar se basa en documentos cuya procedencia no se quiere indicar; y en segundo, se compagina muy mal con el carácter del emperador, que, aunque muy descontento de los procedimientos prusianos é influido por la corte, más bien deseaba el apaciguamiento que las complicaciones. Además se contradice formalmente con los recuerdos muy concretos de uno de los asistentes. El Sr. Louvet, cuyo testimonio merece una confianza absoluta porque era la rectitud y la integridad mismas, ha escrito sobre este particular: «*L'Independance belge* no ha tenido reparo en afirmar que el emperador había contribuído á que se acentuara la declaración en sentido belicoso. Esta afirmación es absolutamente contraria á la verdad.»

»No hemos cesado de demostrar nuestras simpatías a la nación española ni de evitar todo cuanto hubiera podido tener las apariencias de la menor intromisión en los asuntos de una nación grande y noble y en el pleno ejercicio de su soberanía; no hemos salido de la más estricta neutralidad respecto de los varios pretendientes al trono, y jamás hemos demostrado por ninguno de ellos preferencia ni desvío.

»Persistiremos en esta conducta, pero no creemos que el respeto de los derechos de un pueblo vecino nos obligue a sufrir que una potencia extranjera pueda, colocando a uno de sus príncipes en el trono de Carlos V, alterar en detrimento nuestro el actual equilibrio de las fuerzas de Europa y poner en peligro los intereses y el honor de Francia. Esta eventualidad no se realizará; así lo esperamos firmemente.

»Para impedirla, contamos a la vez con la prudencia del pueblo alemán y con la amistad del pueblo español.

»Mas si así no fuese, fortalecidos, señores, con vuestro apoyo y con el de la nación, sabríamos cumplir nuestro deber sin vacilación y sin debilidad.»

Este manifiesto, por la acritud de sus formas, más bien parecía un primer acto de guerra que una invitación a entrar en negociaciones, y su temeridad acentuóse con los aplausos con que fué acogido. Apenas el ministro hubo bajado de la tribuna, los bonapartistas de la extrema derecha prorrumpieron en aclamaciones frenéticas como hubieran podido hacerlo después de un llamamiento a las armas. La mayoría siguió el impulso, los unos convencidos de la legitimidad de nuestras quejas y los otros creyendo agrandar al príncipe ó temerosos de que un mediano entusiasmo fuese interpretado como tibio patriotismo. Para espíritus tímidos que sólo pedían ser guiados, aquel procedimiento resuelto y peyoratorio tenía algo de subyugador. Así es que durante unos minutos no se oyó en todos los ámbitos del salón más que un ruido confuso de murmullos de aprobación y de protestas indignadas. Sin embargo, aquellos á quienes el lenguaje imperioso del ministro no había embargado la libertad de juzgar, permanecían inmóviles en sus sitios, presa de consternada confusión. Entre los miembros del centro izquierdo y en algunos bancos del centro derecho dominaba esta impresión de asombro y de terror. «¡Conque vamos a la guerra!» decía un diputado, el Sr. Josseau, dirigiéndose sucesivamente al Sr. de Gramont y al mariscal Leboeuf. En esto llegó Thiers, que no había asistido al principio de la sesión; todos fueron a su encuentro y en pocas palabras le contaron lo ocurrido. «Pero esto es una locura,» exclamó, y dirigiéndose precipitadamente hacia donde estaba Emilio Ollivier, le hizo ver, hablándole acaloradamente, los peligros de tales arranques. Los colegas del Sr. de Gramont se admiraban de la alarma que la declaración había producido (1), y unos á otros se decían con honrado aunque tardío arrepentimiento: «¿No nos habremos precipitado un poco en quemar nuestras naves?» Habiendo continuado la sesión, el ministro de Gracia y Justicia subió a la tribuna y trató de atenuar el lenguaje del ministro de Negocios extranjeros, decla-

(1) *Enquête sur le 4 Septembre, dépositions des témoins*, tomo I, pág. 6, y tomo IV, pág. 335.

rando que si bien el gobierno «no quería la paz sino con honor, la quería apasionadamente.» Desgraciadamente el mal ya estaba hecho y nada podía contenerlo: el salón se desocupaba, y diplomáticos, periodistas y especuladores de toda clase corrieron al telégrafo, disputándose todos por ser cada cual el primero en notificar á Europa la fulminante declaración del duque.

XIII

Uno de los más perspicaces observadores del segundo imperio, el Sr. Doudán, escribía en aquellos días: «Hemos cambiado de método. Viendo estoy lo que habría hecho Desages al enterarse de que el general Prim proponía al príncipe Leopoldo de Hohenzollern para el trono de Felipe V: se habría metido la carta en el bolsillo y habría meditado tres veces veinticuatro horas mirando venir las noticias antes de tomar por confidente de sus desazones a la Cámara.» La verdad es que el manifiesto ministerial entregaba á todas las disputas de los hombres un asunto temible que exigía sobre todo discreción y prudencia. Una vez divulgados los hechos, pudo seguirse las fluctuaciones de la opinión pública en Francia, en Alemania, en la Europa entera.

En París, los diarios de la noche y los de la mañana siguiente apenas se ocuparon de otra cosa que de aquel acontecimiento; y hubo algunos que trataron de tranquilizar los ánimos: tales fueron los *Debats*, el *Temps*, el *Français* y también el *Constitutionnel*, que solía recibir las inspiraciones de Emilio Ollivier. Pero esta nota calmante se perdió en el concierto de declamaciones arrebatadas que agravaban hasta llegar al insulto el lenguaje gubernamental. Los periódicos más violentos fueron el *Peuple français*, de Clemente Duvernois; el *Pays*, de Granier de Cassagnac, y la *Liberté*, de Emilio Girardin; el *Figaro*, el *Gaulois* y el *Soir* no se expresaban en términos menos acerbos. Entonces comenzaron en los bulevares las tumultuosas demostraciones que habían de comunicar á la agitación belicosa cierto aspecto revolucionario, y se intentó, aunque todavía muy modestamente, resucitar el olvidado canto de la *Marsellesa*. Periodistas y diputados se veían aclamados ó escarnecidos, según que el público les atribuyera tendencias guerreras ó aspiraciones pacíficas. Los días largos, la belleza de la estación y la esperanza de obtener informaciones sensacionales llevaban y retenían en la vía pública á los curiosos y á los noveleros, á los especuladores y á los patriotas exaltados; y á los grupos que éstos formaban agregábase la multitud de turbulentos que comprendían que toda guerra, con sus riesgos, lleva en su seno una levadura de mudanza. El duque de Gramont había evocado el fantasma del imperio de Carlos V, y esta frase hizo fortuna, no habiendo ciudadano parisiense que no la repitiera. Con estas manifestaciones peligrosas ó equívocas mezclábase un descontento muy legítimo contra los malos procedimientos de Prusia: se recordaba el tratado de Praga no cumplido; la cuestión del Luxemburgo intencionadamente enconada; los Estados del Sur subrepticamente unidos á los del Norte; y estos recuerdos no dejaban de impresionar á los hombres más prudentes y más moderados, quienes también á veces se dejaban arrastrar por todas las susceptibilidades del pundoñor y, llevados de un

impulso del que más tarde habían de arrepentirse, aumentaban el número de los excitados ó de los violentos. De este modo se multiplicaban los grupos que la policía, con inusitada indulgencia, dejaba formarse y engrosar. ¿Y por qué había de disolverlos? ¡Bastante hacía con no fomentarlos! Los cómplices de aquel movimiento estaban en Saint-Cloud: allí se agitaban los familiares de los soberanos: «La declaración del ministro de Negocios extranjeros ha provocado el más vivo entusiasmo en el Cuerpo legislativo,» telegrafiaba al emperador el Sr. Conti (1). ¡Cuánto mayor no había de ser el entusiasmo de los cortesanos! Unos, muy preocupados por los progresos de la oposición, veían en la guerra un derivativo; otros soñaban con un reverdecimiento de gloria para el envejecido imperio; y casi todos acariciaban la ilusión de recuperar, en la transformación de las cosas, su crédito un tanto aminorado; y animados de esos diversos sentimientos, todos empujaban al gobierno con encubierta intención de absorberlo. Todos estos cálculos habían de acentuarse en los días siguientes. Entre tanto, los consejeros oficiales del soberano, aunque aparentemente unidos, pensaban de muy diverso modo: el Sr. de Gramont mostrábase obstinado; en cambio la mayoría de los demás ministros asustábase ya de la crisis á la que el porvenir uniría sus nombres, y llenos de ansiedad interrogaban al mariscal Leboeuf, calmándose tan sólo cuando éste les aseguraba que los preparativos militares estaban á la altura de cualesquiera acontecimientos. En cuanto al señor Ollivier, felicitábase del éxito de la declaración; pero, meditando bien el asunto, después de hecha aquélla, temía que quizás el éxito había sido excesivo. Al salir de la sesión del 6 de julio escribía al emperador: «El movimiento, en el primer instante, ha ido más allá de lo que nos proponíamos;» y añadía con inquieta honradez y vagamente asombrado: «Parecía una declaración de guerra (2).»

Tal era el aspecto que ofrecía Francia. En Alemania eran dignas de ser observadas la corriente de la opinión pública y las tendencias de los hombres de Estado. Los que más adelante habían de desplegar tan pérfida jactancia mostráronse en un principio sumamente reservados. La prensa prusiana, á lo menos en todo cuanto se relacionaba con la política exterior, esperaba las inspiraciones del poder; mas como el gobierno se encontraba desprevenido por haber sido divulgado el propósito prematuramente, la única consigna fué espiar los acontecimientos y no comprometer nada. Así las cosas, túvose conocimiento de la declaración del Sr. de Gramont, la cual, al propio tiempo que excitó en alto grado la cólera, despertó no poca inquietud. La temeridad tiene á veces sus ventajas, aunque inseguras y pasajeras; y el manifiesto del 6 de julio tuvo de momento ese éxito fugaz que el destino no siempre niega á las imprudencias, porque nadie en Berlín podía persuadirse de que un gobierno que alzaba tanto la voz no hubiese procurado que sus fuerzas fuesen proporcionadas á la energía de sus palabras. Moltke, un tanto turbado y dudando de sí mismo, rehizo sus cálculos como hombre que teme habérselo engañado; y Bismarck, aunque convencido

(1) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 417.

(2) Véase Giraudeau, *La vérité sur la campagne de 1870*, página 27.

de que su política, tanto como nuestras propias faltas, había apartado de nosotros toda alianza, no se explicaba el lenguaje empleado en el Cuerpo legislativo más que por la existencia de algunos acuerdos secretos. La misma índole del litigio engendraba una dificultad real: la cuestión de la candidatura Hohenzollern, que era una cuestión puramente española, difícilmente arrastraría á la Alemania del Norte y no arrastraría en modo alguno á la Alemania del Sur: el patriotismo alemán no se despertaría si no se lograba quitar al incidente su verdadero carácter y, mediante una evolución pérfida, interesar el amor propio nacional. Las noticias que del Mediodía llegaban confirmaban esta opinión: Baviera y Wurtemberg casi se alegraban del mal paso en que se había metido Bismarck y de la pequeña humillación que sin duda sufriría; y el Sr. Beust aconsejaba secretamente á los Estados medios que circunscribieran los términos de la alianza y la limitaran al caso de un ataque por parte de Francia.

Prusia, demasiado perspicaz para no hacerse cargo de tal estado de cosas, aspiraba, en aquellos primeros días, no tanto á obtener un triunfo como á evitar un fracaso. Recomendóse á la prensa que repitiera que el gobierno prusiano nada tenía que ver con la negociación Sigmaringen y que no sería provocador, sino que se limitaría á repeler cualquiera agresión; y además los diarios tuvieron particular cuidado en reproducir, sin omitir nada de ellos, los más acerbos artículos que insertaban los periódicos parisienses; de este modo se preparaban en silencio y á todo evento los materiales para el incendio.

Esta reserva de la prensa coincidió con la reserva de los diplomáticos: en Berlín, el Sr. de Thile persistía en su refinada actitud de ignorancia; y en París, el Sr. de Solms-Sonnenwalde, encargado de Negocios en ausencia del embajador, deploraba, pero sin manifestaciones comprometedoras, el lenguaje del Sr. de Gramont. Hacía además observar este diplomático prusiano, y no sin razón, que habiendo partido para Ems el Sr. de Werther, lo correcto habría sido esperar el resultado de sus gestiones antes de formular ninguna declaración pública; y si se le apremiaba, alegaba, para eludir todo compromiso, la falta de informaciones, negando, finalmente, que su gobierno tuviera interés en sentar á un Hohenzollern en el trono de España. Únicamente el conde de Bernstorff, embajador del rey en Londres y muy hostil á Francia, dejaba traslucir, desde aquel momento, en su lenguaje las más rudas pasiones prusianas, comentando con extremada vehemencia las violentas palabras del duque de Gramont, dejando entender que su gobierno, sin desear la guerra, tampoco la temía, y afirmando, por último, que el rey, su señor, no consentiría jamás en prohibir al príncipe Leopoldo que aceptara la corona de España (3).

Mientras el gobierno imperial hacía públicas sus cóleras y Berlín se mantenía en una reserva llena de asechanzas, Europa se sentía dominada por una doble preocupación: la de moderar las impacencias francesas y la de penetrar los equívocos prusianos. Este era el objeto que perseguía cada una de las potencias,

(3) Véase *Correspondence respecting the negotiations preliminary to the war between France and Prussia*, págs. 8 y 9.

por más que no todas pusieran en ello el mismo celo. Inglaterra, desde los comienzos de la crisis, había proclamado en alta voz la inoportunidad de la candidatura Hohenzollern, y la declaración del 6 de julio había enfriado, pero no extinguido su buena voluntad. Lo que temía era el apresuramiento extremado que precipitaba los sucesos: «Si tuviéramos algún tiempo,» repetían los hombres de Estado británicos. En París y en Berlín las disposiciones de los gobiernos reclamaban un esfuerzo contrario: en la capital francesa, lo esencial había de ser contener la abundancia de palabras; en la prusiana, toda la habilidad había de consistir en vencer el propósito preconcebido del silencio. A ello se dedicaban al mismo tiempo, pero cada cual por su lado, lord Lyons y lord Loftus con éxito muy escaso: el Sr. de Gramont invocaba los preparativos militares que era imposible retardar más, y al reclamar que fuese retirada la candidatura lo hacía en tono tal de exigencia que aquella aspiración tan legítima tomaba un carácter de provocación; en cuanto al Sr. de Thile, había encontrado su fórmula, y considerándola sin duda buena, se atenía invariablemente á ella. Inglaterra, al verse así desairada, se dirigía á Madrid: si el gobierno del Regente abandonaba la combinación, el conflicto se desenlazaría por sí solo y, por consiguiente, allí parecían estar las mejores probabilidades de apaciguamiento (1).

Mucho menos favorables á Francia eran los sentimientos de Rusia. Cuando nuestro embajador, el general Fleury, refirió el incidente español al príncipe Gortchakof, éste no pudo resistir al rencoroso placer de citar algunos ejemplos recientes: «En época no muy lejana, dijo, otro príncipe Hohenzollern había sido llamado á reinar en Rumanía; Rusia protestó, mas sus protestas no hallaron eco.» Manifestó además el canciller, sin reprobar al parecer tal actitud, que sin duda Bismarck declinaría, en nombre de su país, toda responsabilidad por una empresa concertada entre el príncipe Leopoldo y el general Prim; y luego, mudando el asunto de la conversación, habló de las relaciones de Francia con Rusia: «Sería menester, dijo, que el gabinete de las Tullerías nos diera garantías de su espíritu conciliador en la cuestión de Oriente.» Ocupándose del tratado de 1856, el primer ministro se abstuvo de pedir su revisión, pero declaró (fueron sus propias palabras) que *Rusia lo soportaba con dolor*. ¿No encerraban estas palabras la indicación discreta del precio que el gabinete de San Petersburgo había de poner á sus favores? El general, después de haber visto al canciller, fué recibido en el campo de Krasnoe por el emperador, el cual convino en que el ofrecimiento del trono al príncipe Hohenzollern era ofensivo para Francia, y añadió que, según todas sus previsiones, la trama urdida por Prim no daría ningún resultado. Estas seguridades eran muy frívolas y este apoyo muy incierto; sin embargo, sípuse después que el zar había escrito al rey Guillermo aconsejándole moderación (2).

Si de Inglaterra ó de Rusia se pasaba á las poten-

(1) Despacho del conde Granville al Sr. Layard, 8 de julio. Despachos del Sr. Layard al conde Granville, 7 y 10 de julio.

(2) Despachos del general Fleury al duque de Gramont, 7, 9 y 11 de julio de 1870. — Despachos de sir A. Buchanam al conde Granville, 9 de julio de 1870.

cias amigas, como Italia y Austria, observábanse en ellas sentimientos muy complejos, en los que entraban las simpatías por nosotros, pero, sobre todo, los temores por sí mismas.

Italia, que se había engrandecido gracias á Francia y que todo se lo debía á ésta, en caso de conflicto difícilmente podría substraerse al deber del agradecimiento; y ante la inminente perspectiva de incurrir en el reproche de ingratitud ó de pagar su deuda con terribles riesgos, predicaba arduosamente la paz por miedo de verse englobada á pesar suyo en la guerra. Desde París, el Sr. Nigra enviaba continuos telegramas al señor Visconti Venosta, rogándole que obrara, y, sobre todo, que obrara pronto: «De lo contrario, decía, tendremos la guerra dentro de veinticuatro horas (3).» Los esfuerzos más eficaces habían de ser los que se intentaran en Madrid, y allí se multiplicaban las gestiones del gobierno de Florencia. Si España se había dirigido á los Hohenzollern había sido por no tener otro pretendiente al trono, de suerte que uno de los medios más sencillos y menos peligrosos de zanjar el conflicto había de ser sugerir al general Prim otro candidato; por esto Víctor Manuel, según se afirma, pensó desde aquel momento en resucitar la candidatura del duque de Aosta (4).

La misma política refinada prevalecía en Viena. El Austria había evitado los compromisos escritos, pero había pronunciado palabras muy comprometedoras, difíciles de negar. En cuanto tuvo noticia de la contienda, el Sr. de Beust preocupóse principalmente de conocer la situación en que se encontraba su país; y al recibir en 9 de julio á nuestro encargado de Negocios, el marqués de Cazaux, formuló hábiles quejas sobre la precipitación con que Francia había obrado: «Los primeros telegramas del Sr. de Metternich, dijo, permitían creer que el gabinete de las Tullerías, sólo esperaba de nosotros una intervención pacífica, una mediación amistosa; pero en la actualidad ¿no está en contradicción esta línea de conducta con el discurso del duque de Gramont?» El ministro siguió acumulando las objeciones y revistiéndolas intencionadamente de una forma casi acerba: «Si Francia quería una acción común, hubiera debido prevenirnos de antemano; hemos de ir al lado de ella, pero no seguirla, pues así lo exige nuestra dignidad. No puedo aceptar á ciegas la tiranía de los hechos consumados... Ahí tengo, añadió el canciller señalando unos papeles clasificados en su mesa de trabajo, ahí tengo varios despachos del Sr. de Metternich, que dicen que se cuenta con nosotros, con nuestra alianza efectiva; pero sea cual sea mi inclinación á Francia, ¿se cree que yo puedo de repente, de improviso, avisar al emperador, á los ministros austriacos y húngaros, al país mismo, que vamos á entrar en una guerra? Si existiese tratado de alianza, esta cooperación se impondría; pero ya sabéis que este tratado no existe. Nuestra única obligación es no contraer ningún acuerdo separado con ninguna tercera potencia, y seremos fieles á nuestra promesa.» Después de haber negado de esta suerte toda ayuda material y de haberse mostrado gruñón á fin de poder ser más fácilmente egoísta, el Sr. de Beust intentó compensar la negativa de auxilio

(3) Nigra, *Ricordi diplomatici*, pág. 7.

(4) Massari, *La vita e il regno di Vittorio Emanuele II*, página 513.

XIV

La impaciencia del Sr. de Gramont no había de tolerar el silencio del Sr. de Thile ni de conformarse con la acción de las potencias, lentas en ponerse de acuerdo y más aún en obrar, y, por otra parte, regañonas y ya muy enfriadas. En concepto de nuestro ministro de Negocios extranjeros el peor de los males era esperar. Y puesto que la cuestión Hohenzollern no existía para el gobierno prusiano y que se trataba de un asunto de familia, no de un negocio de Estado, convenía plantear la contienda ante el rey en persona; á lo menos la cuestión, llevada á tales alturas, saldría del terreno equívoco



Visconti-Venosta

co en que se encontraba. Por esto en la noche del 7 al 8 de julio el Sr. Benedetti recibió orden de salir de Wildbad y de trasladarse á Ems.

El Sr. Benedetti estaba predestinado á las misiones difíciles. Ya en 1866, después de Sadowa, le hemos visto seguir de etapa en etapa al cuartel general prusiano con la esperanza de moderar al vencedor; pero ¡cuánto más trascendental era la misión de 1870! De las palabras que se pronunciaran dependería la tranquilidad de Francia y acaso el porvenir del mundo, y la negociación comenzaba á raíz de un manifiesto que parecía un primer acto de guerra, de manera que casi podía decirse que estaba comprometida antes de que empezara. El embajador habría de respetar la dignidad del monarca, atento á no precipitarse, y al propio tiempo los febriles ardores de su gobierno que apremiaba hasta el punto de contar las horas. Los ruidosos clamores que en Francia no cesaban y las cóleras profundas que se amasaban en Alemania habrían de engendrar un doble peligro; y el rango del soberano aumentaba las dificultades. Sería preciso mostrarse respetuoso al par que obstinado, descubrir los subterfugios aparentando no haberlos adivinado, y escudriñar las intenciones haciendo ver que nunca se desconfiaba de ellas; una palabra poco meditada, una exigencia mal formulada ó mal comprendida, bastarían para interesar el honor de

con la profusión de consejos, y entre todas sus observaciones la más singular fué la de organizar cruceros alrededor de la península hispánica y detener la escuadra que conduciría al príncipe Leopoldo á sus nuevos Estados. A primera vista esta combinación parecía dar un carácter cómico al drama que comenzaba; sin embargo, el ministro austriaco negó enérgicamente que hubiera en sus palabras el menor asomo de burla y aun calificó de muy sabio su plan: «Pensadlo bien, dijo; si Prusia tomaba el insulto por su cuenta, asumiría la responsabilidad de la agresión.»

El Sr. de Cazaux escuchaba silenciosamente aquel largo monólogo, y cuando al fin el Sr. de Beust se calló, no pudo disimular cierta decepción y dejó entender discretamente que en París se esperaba algo más del Austria: si sólo se trataba de dar sabios consejos y de interponer buenos oficios, el gabinete de Londres ofrecía unos y otros con liberal profusión. «Dejemos á un lado toda idea de guerra, siguió diciendo el Sr. de Cazaux, puesto que esta idea os es desagradable. Lo que Francia espera de Austria es que en sus recriminaciones á Berlín se vea bien que es parte moral y no simple mediadora: es cuestión de tono y de matiz; en la diplomacia se tiene la costumbre de leer entre líneas. Es, pues, preciso que el Sr. de Bismarck lea entre las líneas de vuestras comunicaciones que, en el caso de que Prusia persista, puede encontrarse con dos enemigos en vez de uno.» Pero si Francia tenía interés en comprometer al Austria, el Sr. de Beust había resuelto conservar su libertad de acción; así es que ni aquellas insinuaciones ni aquellos reproches indirectos le conmovieron, y con notable frialdad continuó actuando de crítico, papel que vuestras imprudencias hacían, por desgracia, sumamente fácil: «Lo reconozco, dijo; tenéis en la mano un buen juego; pero porque se tiene un buen juego, ¿es preciso tenderlo en seguida sin tomarse tiempo para mirar un poco el del adversario?.. Mirad, añadió con cierta familiaridad y aparentando un tono confidencial, vuestra franqueza me mueve á ser también franco. Ni el gobierno ni el emperador están dispuestos á comprometerse súbitamente en un asunto que ha nacido sin intervención alguna de parte nuestra, acerca del cual jamás hemos sido consultados y que el lenguaje de las Tullerías viene á agravar aún más.» Cuando la entrevista tocaba á su fin, el Sr. de Beust se dedicó á suavizar la descorazonadora claridad de aquella declaración, pues la misma prudencia que le aconsejaba no comprometer á su país, le inducía á no empujar al emperador Napoleón hacia Prusia y á no rechazar de antemano, para el caso de que nuestras armas resultaran triunfantes, los frutos de la victoria francesa. En los días anteriores había defendido cerca del Sr. de Thile la causa de la moderación; y ahora tuvo empeño en demostrar que el discurso del Sr. de Gramont, si bien le había desazonado profundamente, no destruía sus sentimientos amistosos, así es que después de haber declinado toda solidaridad con Francia, reivindicó, en vez de renunciar á él, el papel de abogado de la paz: «Os prometo, dijo á modo de conclusión, que acentuaremos nuestras gestiones en Berlín (1).»

(1) Correspondencia del marqués de Cazaux, encargado de Negocios de Francia en Viena.